Ayotecatl, y Teotepil, ó Teotlypil. Este acompañamiento ocupaba, segun Bernal Diaz, una estension de mas de seis millas. Cuando salieron de Tlaxcala mandaba la vanguardia Chichimecatl; mas al poner el pié fuera de los confines de la república, Sandoval lo puso á retaguardia, porque temia alguna sorpresa de los enemigos. Esta disposicion ocasionó un grave disgusto á los Tlaxcaltecas, pues se jactaban de valientes, y decian que en todas las acciones en que hasta entónces se habian hallado, habian ocupado, á ejemplo de sus mayores, el puesto mas peligroso; de modo que Sandoval tuvo que emplear razones y ruegos para contentarlos. Cortés, vestido de brillantes galas, y acompañado de todos sus oficiales, salió á recibir el convoy, y abrazó y dió gracias á los señores tlaxcaltecas por sus buenos oficios. Su entrada en Texcoco, que se hizo con el mejor órden, duró tres horas. Las tropas de una y otra nacion gritaban *Castilla*, *Castilla*, *Tlaxcala*, *Tlaxcala*, en medio del estrépito de la música militar.

ESPEDICIONES CONTRA LAS CIUDADES DE XALTOCAN Y TLACOPAN.

Apénas llegó Chichimecatl, cuando sin descansar del viaje rogó á Cortés que lo emplease á él y á su tropa en alguna espedicion contra los enemigos. Cortés, que solo aguardaba la llegada de las tropas auxiliares de Tlaxcala para ejecutar un designio que desde largo tiempo meditaba, dejando en Texcoco una buena guarnicion, y dadas las órdenes oportunas acerca de la obra de los bergantines, se puso en marcha al principio de la primavera de 1521, con veinticinco caballos, seis pequeños cañones, trescientos cincuenta infantes españoles, treinta mil Tlaxcaltecas, y una parte de la nobleza texcocana; y porque temia que los Texcocanos, de quienes no se fiaba, diesen aviso secreto á los enemigos, y trastornasen sus proyectos, salió de aquella ciudad sin descubrir á nadie el término de su viaje. Caminó el ejército doce millas hácia el Norte, y pasó la primera noche á descubierto. El dia siguiente se dirigió á Xaltocan, ciudad fuerte, situada en medio de un pequeño lago, con una calzada que á ella conducia, y que, como México, estaba cortada con fosos. La infantería española, sostenida por un buen número de aliados, los pasó entre una densa lluvia de dardos y flechas que hirieron á muchos; mas no pudiendo los habitantes sufrir los estragos que en ellos hacian las armas españolas, abandonaron la ciudad, y huyeron. Los vencedores saquearon las casas y quemaron algunas.

Terminada esta espedicion, se encaminó el ejército á Cuauhtitlan, grande y hermosa ciudad, como Cortés la llama con razon; pero la hallaron despoblada, pues los habitantes, amedrentados con lo que habian oido de Xaltocan, procuraron ponerse en seguro.

De allí pasaron á Tenayocan y á Azcapozalco, donde no hicieron daño por no haber hallado resistencia. Finalmente, llegaron á la corte de Tlacopan, término que se habia propuesto Cortés, con el objeto de negociar algun convenio con México, y si no lo lograba, para proporcionarse algunas noticias sobre los designios que allí se trazaban. Los habitantes se manifestaron dispuestos á oponerse á los invasores. Atacaron en efecto con su acostumbrado ímpetu á los españoles, y pelearon valerosamente largo rato; mas al fin, no pudiendo resistir los estragos de las armas de fuego, ni el impulso de los caballos, se retiraron á la ciudad. Los españoles, por ser ya entrada la noche, se alojaron en una gran casa de los arrabales. Al dia siguiente, los Tlaxcaltecas pegaron fuego á una parte de la poblacion, y en los seis dias que permanecieron allí los españoles, tuvieron continuos encuentros, y hubo algunos duelos famosos entre Tlaxcaltecas y Tlacopaneses. Unos y otros combatieron con estraordinario valor, y desfogaron en oprobios el odio que mu-

se Ayotecatl, padre inhumano, que en odio de la fe cristiana mató despues á dos hijos suyos. Cortés llama á estos gefes *Tutecatl* y *Teupitl*.

tuamente se profesaban. Los Tlacopaneses llamaban á los Tlaxcaltecas damas de los españoles, sin cuya proteccion nunca se hubieran atrevido á llegar hasta los muros de aquella ciudad. Los Tlaxcaltecas respondian, que á los Mexicanos y á todos sus partidarios se debia mas bien el título de mugeres; pues siendo tan superiores en número á ellos, no habian podido dominarlos en ningun tiempo. Tambien prodigaron los enemigos insultos y denuestos á los españoles, convidándolos, por burla, á entrar en México, para mandar allí como señores, y gozar de todos los placeres de la vida. "¿Te parece, cristiano, decian á Cortés, que irán ahora las cosas como ántes? ¿Piensas que reina en México un Moteuczoma, sacrificado á tus caprichos? Entra en la corte, y serás en breve inmolado, con todos los tuyos, á los dioses." En las acciones que sostuvieron aquellos dias los españoles, entraron en aquel fatal camino, y se acercaron á los memorables fosos en que habian sufrido tan sangrienta derrota. Hallaron en ellos una terrible resistencia, y todos estuvieron próximos á perecer; porque empeñados en perseguir á unas tropas mexicanas, que habian salido á insultarlos para atraerlos al peligro, se hallaron de pronto atacados de una y otra parte del camino, por tan gran número de contrarios, que no pudieron retirarse sin suma dificultad, combatiendo furiosamente hasta llegar á tierra firme. En este conflicto, tuvieron cinco españoles muertos y muchos heridos. Cortés, disgustado del mal éxito de su espedicion, volvió con su ejército por el mismo camino, á Texcoco, recibiendo en la marcha nuevos insultos de los enemigos, que atribuian su retirada á cobardía y desaliento (1). Los Tlaxcaltecas que acompañaron á los españoles, habiendo tomado muchos y ricos despojos, pidieron permiso á Cortés de llevarlos á su pais, y él lo concedió sin dificultad (1).

ESPEDICION DE SANDOVAL CONTRA HUAXTEPEC Y YACAPICHTLA.

Sandoval, que durante la ausencia de Cortés habia quedado mandando en Texcoco, salió de allí dos dias despues de la llegada de aquel general, con veinte caballos, trescientos infantes españoles y un gran número de aliados, para socorrer á los Chalqueses, que temian un gran ataque de los Mexicanos; pero habiendo hallado en Chalco muchas tropas de Huexotzinco y de Cuauhquechollan, que habian ido allí con el mismo objeto, y sabiendo que el mayor peligro estaba en la guarnicion mexicana de Huaxtepec, se dirigió á este pueblo, situado en los montes quince millas á Mediodía de Chalco. En su marcha fué atacado por dos gruesos cuerpos enemigos; pero los derrotó sin gran esfuerzo, lo que se debió en gran parte al inmenso número de aliados que llevaba consigo. Entraron los españoles en Huaxtepec, y se alojaron en unas ca-

(1) Solis, queriendo desmentir á Bernal Diaz, dice: "Por mas que diga nuestro historiador de esta espedicion, fué tan importante al fin principal, que apénas regresado Cortés á Texcoco, vinieron suplicantes á prestarle obediencia los caciques de Tucapan, Mascalzingo, Auhtlan (así llama á Tizapan, Mexicaltzinco y Nauhtlan) y otros pueblos de la orilla setentrional; lo que da á conocer que los españoles volvieron con reputacion &c." Pero dejando aparte la espresion ambigua *orilla setentrional*, que algunos lectores aplicarán quizás á la orilla del lago, debiendo entenderse de la del mar, y el error que comete en decir que vinieron los señores de aquellos estados, cuando consta por el mismo Cortés que enviaron sus embajadores, lo cierto es que no pudieron decidirse á enviar esta embajada, de resultas de lo ocurrido en Tlacopan, porque los embajadores llegaron á Texcoco cuatro dias despues de la espedicion, y sus ciudades distaban de aquella corte mas de 200 millas.

(1) Herrera y Torquemada dicen que Cortés mandó despojar violentamente á los Tlaxcaltecas de las alhajas de oro con que se adornaron despues de la espedicion de Tlacopan, y que ellos se resintieron tanto de este agravio, que en dos dias desertaron mas de veinte mil. Si esto fuera cierto, Cortés hubiera sido el mas insensato de los hombres, y la misma avaricia que hizo perecer tantos españoles en su retirada de México, hubiera frustrado la gran empresa de la conquista; mas la noticia de aquellos historiadores está en contradiccion con lo que refieren Cortés, Bernal Diaz y Gomara, que cuentan el hecho como se halla en el testo de mi Historia.

sas grandes, para descansar y curar los heridos; pero inmediatamente fueron atacados de nuevo por los Mexicanos, á quienes rechazaron y persiguieron por mas de tres millas, dejándolos totalmente derrotados. Volvieron al pueblo, y descansaron dos dias. Era entónces Huaxtepec ciudad célebre, no ménos por sus escelentes manufacturas de algodon, que por su hermoso jardin, de que ya he hablado.

Sandoval envió desde allí mensajeros á ofrecer la paz á los habitantes de Yacapichtla, lugar fortísimo, á seis millas de distancia de Huaxtepec, situado en la cima de un monte casi inaccesible á la caballería, y defendido por una numerosa guarnicion mexicana; pero habiendo sido rechazadas sus proposiciones, marchó hácia aquella ciudad, con intencion de dar un golpe que castigase su orgullo, y libertase para siempre á los Chalqueses del mal que por aquella parte podian temer. Los Tlaxcaltecas y los otros aliados se amedrentaron á vista de tanto peligro; pero Sandoval, animado por el heroico valor que lucia en todas sus acciones, se resolvió á vencer ó morir. Empezó á subir con su infantería, superando al mismo tiempo la aspereza del monte, y el gran número de enemigos que lo defendian con flechas, dardos, guijarros y aun con piedras desmesuradas, las cuales, aunque se rompian al chocar con las rocas interpuestas, herian con sus fragmentos á los españoles; pero nada fué capaz de contener su ímpetu. Entraron en la ciudad bañados de sangre y de sudor, y seguidos por sus aliados. El cansancio y las heridas inflamaron de tal modo su cólera, y con tanta furia se abalanzaron á sus enemigos, que muchos de ellos, huyendo de las espadas, se precipitaron por los tajos del monte. Tanta fué la sangre derramada, que tiñó un arroyo que por allí corria, en términos que en mas de una hora no pudieron hacer uso de sus aguas los vencedores, para apagar la gran sed que los aquejaba (1). "Fué esta, dice Cortés, una de las mas señaladas victorias, en la cual los españoles dieron las mayores pruebas de su valor y de su constancia." La jornada costó la vida á Gonzalo Dominguez, uno de los mas valientes soldados de Cortés, cuya pérdida fué muy sensible á todo el ejército.

Irritados los Mexicanos con el estrago de Yacapichtla, armaron prontamente veinte mil hombres, y los enviaron en dos mil barcas contra Chalco. Los Chalqueses imploraron, como otras veces, el socorro de los españoles, y sus mensajeros llegaron cuando volvia de Yacapichtla Sandoval con sus tropas, cansado, mal parado y herido. Cortés, atribuyendo, con demasiada ligereza, las repetidas hostilidades de los Mexicanos contra Chalco, á descuido de aquel inapreciable caudillo, sin querer informarse de su conducta, ni oirlo, ni permitirle un momento de reposo, lo mandó ponerse en marcha, con los soldados mas capaces de seguirlo, para sostener aquellos aliados. Mucho sintió Sandoval esta ofensa que el general le hacia, cuando esperaba recibir de él los elogios á que era acreedor; pero fué tanta su prudencia en disimular su pesar, y tan pronta su obediencia, cuanto habia sido su arrojo en la espedicion última. Partió sin tardanza á Chalco, y cuando llegó, ya estaba concluida la batalla, de la que salieron victoriosos los Chalqueses, con los auxilios de sus nuevos aliados los Huexotzingos y los Cuauhquecholeses; y si bien tuvieron una pérdida considerable, en cambio mataron muchos enemigos, y cogieron cuarenta pri-

[1] Bernal Diaz se burla de Gomara por esta narracion de las aguas teñidas de sangre, y añade que no necesitaban beber de aquella, habiendo allí muchos manantiales; pero si estas se hallaban en el campo de batalla, es probable que tambien quedasen teñidas de sangre, y si distaban de aquel punto, no estaban los españoles en estado de ir á buscarlas. Bernal Diaz no se halló en aquella espedicion, y yo doy mas crédito á la relacion de Cortés. "Fué tan grande, dice, la matanza que nuestros españoles hicieron en los enemigos, y tales los estragos que estos se hicieron entre sí, que todos los presentes afirman que un arroyo que circundaba casi todo aquel sitio, quedó teñido de sangre por mas de una hora, de modo que no pudieron beber de sus aguas."

sioneros, entre ellos un general y dos personajes de la primera nobleza, los cuales fueron entregados por los Chalqueses á Sandoval, y por este á Cortés. Este conoció su error, y bien informado de la irreprensible conducta de Sandoval, procuró aplacar su justo resentimiento con singulares demostraciones de estimacion y honor.

NEGOCIACION INFRUCTUOSA DE CORTES CON LOS MEXICANOS.

Queriendo, en fin, hacer algun convenio con los Mexicanos, tanto para evitar las fatigas y los males de la guerra, como para apoderarse de su hermosa ciudad sin arruinarla, resolvió enviar á ella aquellos dos personajes prisioneros, con una carta al rey Cuauhtemotzin, la cual, aunque no podia ser entendida en aquella corte, servia de credenciales y de señal auténtica de la embajada. Espuso su contenido á los mensajeros, y les encargó manifestasen á su soberano, que él no aspiraba á otro objeto, sino á que el rey de España fuese reconocido señor de aquella tierra, ya que así lo habia resuelto la nobleza en la respetable asamblea que se reunió en presencia de Moteuczoma; que se acordase del homenaje que entónces tributaron todos los señores mexicanos al gran monarca de Oriente; que deseaba establecer con México una paz duradera, y una eterna alianza; que no habia emprendido aquella guerra, sino obligado por sus hostilidades; que le pesaba tener que derramar tanta sangre mexicana, y destruir ciudades tan grandes y hermosas; que ellos mismos eran testigos del valor de los españoles, de la superioridad de sus armas, de la muchedumbre de sus aliados, y de la felicidad de sus empresas; en fin, que reflexionase bien en lo que hacia, y no lo obligase con su obstinacion á continuar una guerra que terminaria con la ruina total de la corte y del imperio.

El fruto de esta embajada se conoció muy en breve en los lamentos de los Chalqueses, los cuales, informados de las grandes fuerzas que contra ellos se apercibian, vinieron á implorar el socorro de los españoles, presentando á Cortés, pintadas en una tela, las ciudades que se armaban contra Chalco, y el camino que tomaban sus tropas. En tanto que Cortés disponia las suyas para aquella espedicion, llegaron á Texcoco los mensajeros de Tizapan, Mexicaltzinco y Nauhtlan, ciudades de la costa del seno Mexicano, situadas mas allá de la colonia de Veraracruz, á prestar obediencia, en nombre de sus señores, al rey de España.

MARCHA DEL EJERCITO ESPAÑOL POR LOS MONTES MERIDIONALES.

En 5 de abril salió Cortés de Texcoco, con treinta caballos, trescientos peones españoles y veinte mil aliados, dejando á Sandoval el mando de aquella plaza y el cuidado de los bergantines. Marchó en derechura á Tlalmanalco, y de allí á Chimalhuacan (1), donde se engrosó su ejército con mas de veinte mil hombres (2), que, ó por vengarse de los Mexicanos, ó por interes del botin, ó como yo creo, por uno y por otro, venian de diferentes puntos á servir en aquella guerra. Siguiendo despues, como es de creerse, el camino representado por los Chalqueses en sus pinturas, se dirigieron por los montes del Mediodía hácia Huaxtepec, y vieron cerca del camino una elevacion muy escabrosa, cuya cima estaba ocupada por mugeres y niños, y las faldas por un gran número de guerreros, que confiando en la fuerza natural del sitio, se burlaban con gritos y silbidos de los españoles. Cortés, no pudiendo sobrellevar aquella mofa, mandó atacar por tres partes el monte;

[1] Habia, y hay ahora, dos pueblos de aquel nombre: el uno, á orillas del lago de Texcoco, al principio de la península de Iztapalapan, y llamado simplemente *Chimalhuacan;* el otro, en los montes al Mediodía del valle, y se llama *Chimalhuacan-Chalco.* Se trata de este último.

(2) Cortés dice que en Chimalhuacan se le agregaron 40.000 hombres, y Bernal Díaz dice que eran mas de 20.000; mas este habla de los recien-llegados, y aquel de la suma total de aliados, inclusos los Tlaxcaltecas que sacó de Texcoco, y los que se reunieron en Chimalhuacan.

pero apénas habian empezado á subir con gran trabajo, entre una tempestad de dardos y piedras, dió órden de que se retirasen, pues ademas de ver que la empresa era temeraria, y mas dificil que útil, se dejó ver otro ejército de enemigos que marchaba por aquella parte, con intento de atacar por la espalda al ejército aliado, cuando mas empeñado estuviese en la accion. Cortés les salió al encuentro con sus tropas bien ordenadas: la batalla duró poco; pues los enemigos, reconociéndose inferiores en fuerzas, abandonaron prontamente el campo. Los españoles los siguieron por mas de hora y media, hasta derrotarlos completamente. La pérdida de los españoles en la batalla fué casi ninguna; pero en la subida del monte tuvieron ocho muertos y muchos heridos (1).

La sed que molestaba al ejército, y el aviso que tuvo Cortés de otro monte, distante de allí tres millas, ocupado tambien por enemigos, lo obligaron á marchar hácia aquella parte. Observó en uno de los costados del monte dos rocas prominentes defendidas por muchos guerreros; mas estos, creyendo que los españoles intentaban la subida por el lado opuesto, abandonaron la posicion, y corrieron á donde les parecia mayor el peligro. Cortés, diestro en aprovecharse de todas las coyunturas que le presentaba la suerte, ó la inadvertencia de los enemigos, mandó á uno de sus capitanes que procurase ocupar, con un número competente de tropas, aquellos dos peñascos, miéntras él entretenia á los Mexicanos por la parte opuesta. Empezó, pues, á subir con suma dificultad, y cuando llegó á un punto tan alto como el que ocupaban los enemigos, vió enarbolada la bandera española en una de las prominencias. Los enemigos se rindieron viéndose rodeados por todas partes, y habiendo ya empezado á conocer el daño que les hacian las armas de fuego. Cortés los acogió con mucha benignidad; pero exigió de ellos, como condicion necesaria del perdon, que indujesen tambien á rendirse á los que ocupaban el primer monte; lo que se verificó en efecto.

[1] Cortés en sus cartas no habla mas que de dos españoles muertos en aquel monte; pero Bernal Diaz cuenta ocho, y da sus nombres.

CONQUISTA DE CUAUHNAHUAC.

Libre de aquellos estorbos, se encaminó Cortés, por Huaxtepec, Yauhtepec y Xiuhtepec, á la grande y amena ciudad de Cuauhnahuac (1), capital de la nacion Tlahuica, distante mas de treinta millas de México, hácia Mediodía. Era muy fuerte por su situacion; pues de un lado estaba rodeada por montes escabrosos, y de otro por un barranco, de cerca de siete toesas de profundidad, por el cual corria un arroyo. No podia entrar la caballería, si no era por dos caminos que los españoles ignoraban entónces, ó por los puentes, si no hubieran estado levantados cuando llegaron. Miéntras buscaban un lugar oportuno para el asalto, los Cuauhnahuaqueses les tiraban una increible cantidad de dardos, flechas y piedras; pero habiendo observado un animoso Tlaxcalteca, que dos árboles grandes, colocados en las dos orillas opuestas del barranco, habian cruzado mutuamente sus ramas, se sirvió de ellas como de un puente, y pasó á la márgen opuesta: ejemplo que fué muy en breve imitado, aunque con gran esfuerzo y peligro, por seis soldados españoles, y despues por otros muchos, tanto españoles, como Tlaxcaltecas (2). Este rasgo de intrepidez amedrentó de tal modo á los que por allí defendian la entrada de la ciudad, que se retiraron, y fueron á unirse con los que, por la parte opuesta, resistian á las tropas mandadas por Cortés; mas cuando estaban mas acalorados en la accion, se vieron atacados de pronto por las que, siguiendo los pasos del valiente Tlaxcalteca, habian entrado por la parte indefensa de la ciudad. Entónces se espantaron y huyeron á los montes, de modo que los aliados quemaron sin oposicion una buena parte de la ciudad. El señor de ella, que habia huido con todos, temiendo que lo alcanzasen los españoles, tomó el partido de rendirse, asegurando que no lo habia hecho ántes, porque esperaba que la cólera de los españoles se desfogase en la ciudad, y satisfechos con aquellas primeras hostilidades, se abstuviesen de vengarse en su persona.

(1) Este nombre es uno de los que mas han alterado los españoles. Cortés dice *Coadnabaced;* Bernal Diaz, *Coadalbaca;* Solis, *Cuatlabaca.* Ha prevalecido el de *Cuernavaca,* que es el que se conserva, aunque los indios usan el antiguo de *Cuauhnahuac.* Este pueblo es uno de los 30 que Cárlos V dió á Cortés, y despues fué parte de los estados del duque de Monteleon, como marques del Valle de Oaxaca.

[2] Solis, sin hacer mencion de aquel Tlaxcalteca, atribuye toda la gloria de la accion á Bernal Diaz; en lo que contradice á Cortés y á todos los historiadores. El mismo Bernal Diaz, que en la narracion de este suceso se hace á sí mismo cuanto honor puede, se jacta de haber sido uno de los que, despreciando el peligro, pasaron sobre los árboles del barranco; pero no se alza con la gloria de haber sido el primero, ni de haber sugerido la idea. Véase lo que dicen Cortés, Gomara, Herrera &c.

CONQUISTA DE XOCHIMILCO.

Despues de haber descansado el ejército, partió, cargado de despojos, hácia el Norte, por un pinar, donde sufrió una gran sed, y al dia siguiente se halló cerca de la ciudad de Xochimilco. Esta hermosa poblacion, la mayor, despues de la corte, de todas las del valle mexicano, estaba á orillas del lago de Chalco, y distaba poco mas de doce millas de México. Su vecindario era muy numeroso, muchos sus templos, magníficos sus edificios, y singularmente bellos sus jardines flotantes en el lago, de donde tomó el nombre de Xochimilco, que significa jardin, ó campo de flores. Tenia, como la capital, muchos canales ó fosos, y á la sazon, por miedo de los españoles, se habian construido algunas trincheras. Cuando vieron venir al ejército, alzaron los puentes de los canales, para que fuese mas dificil la entrada. Los españoles dividieron el ejército en tres cuerpos, para atacar la ciudad por otros tantos puntos; pero en todos ellos hallaron gran resistencia, y no pudieron ganar el primer foso, sino despues de un terrible combate de mas de media hora, en que fueron muertos dos españoles, y muchos heridos; pero superados en fin, estos obstáculos, entraron en la ciudad, persiguiendo á los que la defendian. Estos se refugiaron á los barcos, y desde ellos perseveraron combatiendo hasta morir. Oíanse al mismo tiempo entre ellos algunas voces que pedian la paz; pero conociendo los españoles que su objeto era tan solo ganar tiempo para poner en seguro sus familias y sus bienes, y para recibir el socorro de los Mexicanos que aguardaban, apretaron mas el ataque, hasta que cesó la resistencia, y pudieron entrar tranquilos en el pueblo, para descansar y curar sus heridos. Mas apénas empezaban á respirar, cuando se vieron rodeados por un gran número de enemigos, que venian formados en órden de batalla, por el mismo camino que habian seguido los españoles en su entrada. Estos se vieron reducidos entónces al mayor estremo, y el mismo Cortés corrió gran peligro de caer en manos de los contrarios, pues habiéndose echado al suelo su caballo, ó de cansancio, como él dice, ó abatido por los Xochimilcos, segun otros historiadores, continuó peleando á pié con la lanza; mas el número de enemigos era tan considerable, que no hubiera podido evitar su pérdida, á no haber llegado oportunamente á su socorro un valiente Tlaxcalteca, y con él dos criados del mismo Cortés, y algunos soldados españoles [1]. Vencidos finalmente los Xochimilcos, tuvieron los españoles tiempo de descansar algun tanto de las fatigas de la jornada, en la que murieron algunos de los suyos, y casi todos fueron heridos, incluso el mismo general, y los principales capitanes Alvarado y Olid. Cuatro españoles, que cayeron prisioneros, fueron conducidos á la capital, y sin tardanza sacrificados, y sus

(1) Herrera y Torquemada dicen que el dia siguiente al del riesgo que habia corrido Cortés, habiendo buscado al Tlaxcalteca que lo socorrió, no pudo ser habido vivo, ni muerto, y por la devocion que aquel general tenia á San Pedro, se persuadió que este santo Apóstol era el que lo habia salvado. No sé de donde sacaron aquellos autores tan estraña anécdota. Bernal Diaz, Gomara, y el mismo Cortés hablan de un Tlaxcalteca, sin hacer mencion de su desaparicion, ni de San Pedro.

brazos y piernas enviadas á varios pueblos, para escitar el valor de los habitantes. No hay duda que en esta y otras ocasiones pudo Cortés fácilmente morir á manos de sus enemigos, si no hubieran tenido estos la insensata presuncion de cogerlo vivo para sacrificarlo á sus dioses.

La nueva de la toma de Xochimilco puso en gran consternacion á la corte de México. El rey Cuauhtemotzin convocó algunos gefes militares, y les representó el daño y el peligro que ocasionaba á la capital la pérdida de una plaza tan importante; el servicio que harian á los dioses, y á la nacion si podian recobrarla, y el valor y la fuerza de que necesitaban para vencer aquellos atrevidos y perniciosos estranjeros. Dió inmediatamente la órden de armar un ejército de doce mil hombres, para pelear por tierra, y otro numeroso para sostener las hostilidades en el lago; lo que se ejecutó con tanta prontitud, que apénas habian descansado los españoles del dia anterior, cuando las centinelas avisaron á Cortés la marcha de los enemigos hácia aquella ciudad. Dividió el general todas sus tropas en tres huestes, y dió á sus capitanes las órdenes mas oportunas; dejó alguna tropa de guarnicion en los cuarteles, y mandó que veinte caballos con quinientos Tlaxcaltecas pasasen al través de los enemigos, á ocupar una colina inmediata, y allí aguardasen sus órdenes ulteriores para el ataque. Los comandantes mexicanos venian llenos de orgullo, y ostentando las espadas europeas que habian cogido á los españoles en la derrota del 1.° de julio. La batalla se dió fuera de la ciudad, y cuando Cortés juzgó conveniente, dió órden á las tropas de la colina que atacasen á los Mexicanos por la espalda. Estos, viéndose cercados por todas partes, se desordenaron, y abandonaron el campo, dejando en él quinientos muertos. Los españoles, de vuelta al cuartel, supieron que la tropa que habia quedado en él, habia estado en gran peligro, por la muchedumbre de Xochimilcos que la habian atacado. Cortés, despues de haberse detenido allí tres dias, combatiendo frecuentemente con los enemigos, mandó pegar fuego á los templos y á las casas, y reunió toda su gente en la plaza del mercado, que estaba fuera de la ciudad, para ordenarla, y ponerse en marcha. Los Xochimilcos, creyendo que su salida fuese efecto del miedo, atacaron con grandes clamores la retaguardia; pero se retiraron vencidos, y no osaron presentarse de nuevo.

MARCHA DE LOS ESPAÑOLES EN TORNO DE LOS LAGOS.

Adelantóse Cortés con su ejército hasta Coyohuacan, ciudad grande, situada en la orilla del lago, distante seis millas de México hácia Mediodía, con intencion de observar todos aquellos puestos, para disponer mas acertadamente al asedio de la capital. Halló la ciudad despoblada, y al dia siguiente salió de ella, para reconocer el camino que desde allí iba á unirse con el de Iztapalapan. Encontró una trinchera defendida por Mexicanos: mandó atacarla, y á pesar de la terrible resistencia de los enemigos, la infantería se apoderó de ella, quedando heridos diez españoles, y muertos muchos Mexicanos. Cortés subió á la trinchera, y desde ella vió el camino de Iztapalapan cubierto de una muchedumbre innumerable de enemigos, y el lago, de muchos millares de barcas; por lo que, despues de haber observado lo que convenia á sus designios, volvió á la ciudad, cuyos templos y casas mandó entregar á las llamas.

De Coyohuacan marchó el ejército á Tlacopan, melestado en el camino por algunas tropas volantes mexicanas, que atacaron el bagaje. En uno de estos encuentros, en que el mismo general corrió gran peligro, le hicieron prisioneros dos de sus servidores, que fueron conducidos á México, é inmediatamente sacrificados. Llegó á Tlacopan afligido por aquella desgracia, y se le aumentó el disgusto, cuando desde el atrio del templo mayor de aquella ciudad, contempló con otros españoles el fatal camino, en que habia perdido algunos meses ántes tantos amigos y soldados, considerando al mismo tiempo las grandes dificultades que tenia que vencer ántes de hacerse dueño de la capital. Algunos le sugerian que enviase tropas por aquel camino, para cometer algunas hostilidades; pero no queriendo esponerlas á tanto peligro, ni detenerse mas tiempo en aquella ciudad, volvió por Tenayocan, Cuauhtitlan, Citlaltepec y Acolman, á Texcoco, despues de haber recorrido en aquel viaje las orillas de los lagos, y observado cuántos pormenores necesitaba para el éxito de su gran empresa.

CONJURACION CONTRA CORTES.

En Texcoco siguió Cortés activando todos los preparativos de su marcha. Estaban ya acabados los bergantines, y un canal de milla y media, bastante profundo, y con cortaduras por una y otra parte, para recibir el agua del lago. Tambien estaba hecha la máquina para botarlos [1]. Las tropas que Cortés tenia á sus órdenes eran innumerables, y aun el número de españoles se habia aumentado considerablemente con los que poco ántes habian venido de España, en un navío que habia aportado á la Veracruz, cargado de caballos, armas, y municiones de guerra. Todo prometia los resultados mas felices, cuando ocurrió un suceso que puso toda la empresa en gran peligro de frustrarse. Unos soldados españoles, partidarios del gobernador de Cuba, escitados por el odio que tenian á Cortés, ó por la envidia de su gloria, ó, lo que es mas verosímil, por el miedo de los peligros que los amenazaban en el asedio de la capital, convinieron secretamente en quitar la vida al general, á sus capitanes Alvarado, Sandoval y Tapia, y á todos aquellos que parecian mas adictos al partido del gefe. No solo estaba ya señalado el tiempo, y el modo de dar el golpe con seguridad, sino elegidas tambien las personas á quienes debian darse los cargos de general, juez y capitanes; pero uno de los cómplices, arrepentido de su culpa, reveló oportunamente á Cortés todo el plan de la conjuracion. Mandó prender sin pérdida de tiempo á Antonio de Villafaña, cabeza de toda aquella maquinacion: cometió á un juez el exámen del reo; y habiendo confesado este su delito, fué ahorcado á una de las ventanas del cuartel. Cortés no quiso mostrarse tan severo con los cómplices, fingiendo no creerlos culpables, y atribuyendo á la malignidad de Villafaña la infamia que de su confesion resultaba contra ellos; pero á fin de que en el porvenir no estuviese tan espuesta su persona, creó para su custodia una guardia compuesta de soldados fieles, valerosos y seguros, que lo acompañaban de dia y de noche.

ULTIMOS PREPARATIVOS DEL ASEDIO DE MEXICO.

Evitados con el castigo del reo principal los efectos de aquella perniciosa trama, se aplicó Cortés con mayor actividad á dar la última mano á su grande empresa. El 28 de abril, despues de celebrada la misa de Espíritu Santo, en que comulgaron todos los españoles, y despues de haber dado un sacerdote la bendicion á los bergantines, con las ceremonias acostumbradas, fueron botados al agua, y desplegando inmediatamente las velas, empezaron á surcar por el lago, al estruendo de la artillería y de los mosquetes, á que siguió el *Te Deum*, acompañado por la música de los instrumentos militares. Todas estas eran demostraciones de la confianza que tenia Cortés en los bergantines, para la felicidad de su empresa; y en efecto, quizá sin ellos no hubiera podido llevarla á buen fin. Hizo despues la reseña de su ejército, y contó ochenta y seis caballos, y mas de ochocientos peones españoles, tres grandes cañones de hierro, quince menores de cobre, mil libras castellanas de pólvora de fusil, y una gran cantidad de ba-

(1) Gomara dice que en el canal trabajaron 400.000 texcocanos, pues en los cincuenta dias que duró la obra, cada dia entraban 8000 operarios nuevos. Añade que el canal tenia media legua de largo, 12 piés de ancho, y donde ménos, 4 brazas de profundidad: mas yo creo que hay error en la medida del ancho, y que era de mas de 12 piés.

las y de saetas, aumentos que se debian á los socorros venidos aquel año de España y de las Antillas. Reanimó el valor de sus tropas con un discurso semejante al que les habia dirigido en su salida de Tlaxcala. Envió mensajeros á esta república, á Cholula, á Huexotzinco y á otras ciudades, dándoles parte de estar ya terminada la obra de los bergantines, y rogándoles que enviasen dentro de diez dias cuantas tropas escogidas pudiesen, por ser ya llegada la ocasion de poner asedio á la soberbia ciudad que por tanto tiempo los habia esclavizado. Cinco dias ántes de la fiesta de Pentecostés, llegó á Texcoco el ejército tlaxcalteca, que constaba, segun afirma el mismo Cortés, de mas de cincuenta mil hombres, bajo el mando de muchos gefes famosos, entre los cuales venian Xicotencatl el jóven, y el valiente Chichimecatl, á cuyo encuentro salió Cortés con toda su tropa. Las de Huexotzinco y Cholula pasaron por el otro lado de los montes, segun la órden que se les habia dado. En los dos dias siguientes acudieron nuevos refuerzos de Tlaxcala y de otros pueblos circunvecinos, los cuales con las huestes ya mencionadas formaban un total de mas doscientos mil hombres, como testifica su gefe Alfonso de Ojeda.

DISTRIBUCION DEL EJERCITO EN EL ASEDIO DE LA CAPITAL.

El lúnes de Pentecostés, 20 de mayo, reunió Cortés su gente en la plaza mayor, para dividir su ejército, nombrar los comandantes, señalar su puesto á cada uno y las tropas de su mando, y para reiterar las órdenes que habia dado en Tlaxcala. Mandó á Pedro de Alvarado que acampase en Tlacopan, para impedir que entrasen por allí socorros á los Mexicanos, y le dió treinta caballos, ciento sesenta peones españoles, distribuidos en tres compañías, con otros tantos capitanes, y veinticinco mil Tlaxcaltecas, con dos cañones. Cristobal de Olid fué creado maestre de campo, y gefe de la division destinada á Coyohuacan, teniendo á sus órdenes treinta y tres caballos, ciento sesenta y ocho peones españoles, con tres capitanes, dos cañones, y veinticinco mil aliados. A Gonzalo de Sandoval fueron dados veinte y cuatro caballos, ciento sesenta y tres peones españoles, con dos capitanes y dos cañones, y los aliados de Chalco, Huexotzinco y Cholula, que eran mas de treinta mil hombres: le mandó Cortés que fuese á destruir la ciudad de Iztapalapan, y que acampase en aquellas inmediaciones, desde las cuales creyó que le seria mas fácil apretar mas y mas á los Mexicanos. Cortés, á pesar de las instancias que le hicieron sus capitanes y soldados, tomó el mando de los bergantines, porque opinaba que en ellos era mas necesaria su presencia. Dividió entre los trece bergantines trescientos veinticinco españoles, y trece falconetes, señalando á cada bergantin un capitan, doce soldados y otros tantos remeros: así que, todo el ejército destinado á empezar el asedio, constaba de novecientos diez y siete españoles, y mas de setenta y cinco mil hombres de tropas auxiliares (1), cuyo número se aumentó, como despues veremos, hasta doscientos mil y mas. Todas las otras tropas que habian venido á Texcoco, ó permanecieron allí para acudir donde fuese necesario, ó volvieron á sus pueblos, que por estar próximos á la capital, les proporcionaban la facilidad de hallarse prontas al primer llamamiento.

(1) Herrera y Solis cuentan 100.000 aliados, distribuidos en tres campamentos: Bernal Diaz no cuenta mas de 24.000, en tres campamentos de 8.000 cada uno. Yo doy mas crédito á Cortés, que debia estar mejor informado en estos pormenores. Solis dice que Bernal Diaz se queja muchas veces de que los aliados les deban mas estorbo que ayuda: es falso, ántes bien elogia su valor, y habla de las ventajas que sacaron de ellos los españoles. "Los Tlaxcaltecas nuestros amigos, dice en el cap. 151, nos ayudaron bastante bien en aquella guerra, como hombres animosos." Toda su historia está llena de semejantes espresiones, como lo están las cartas de Cortés, y las narraciones de los otros historiadores. Lo que únicamente dice Bernal Diaz, es que en la retirada de Tlacopan los aliados estorbaron á los españoles; mas esto sucede siempre que un ejército se retira por un camino estrecho.

SUPLICIO DE XICOTENCATL.

Partieron juntos de Texcoco Alvarado y Olid con sus tropas, para ocupar los puestos que les habia señalado el general. Entre los principales Tlaxcaltecas que acompañaban á Alvarado, se hallaban Xicotencatl el jóven, y su primo Pilteuctli. Este, en una disputa que sobrevino, fué herido por un español, el cual, no haciendo caso de las órdenes de Cortés, ni del respeto debido á aquel personaje, pudo con su imprudencia ocasionar la desercion de los Tlaxcaltecas. Estos se resintieron amargamente de aquel ultraje, é hicieron algunas demostraciones de enojo. Procuró apaciguarlos Ojeda, y permitió á Pilteuctli que fuese á curarse á su patria. Xicotencatl, á quien, tanto por su dignidad como por su parentesco, era mas sensible que á ningun otro aquella iujuria, no hallando entónces otro modo de vengarla, abandonó ocultamente, y con otros compatriotas el ejército, y tomó el camino de Tlaxcala. Alvarado dió parte de este suceso á Cortés, y este mandó á Ojeda, que alcanzase y prendiese al fugitivo. Cuando lo tuvo en su poder, mandó ahorcarlo públicamente, ó en la misma ciudad de Texcoco [1], segun dicen Herrera y Torquemada, ó en un sitio inmediato, como afirma Bernal Diaz, habiéndose pregonado ántes el motivo de su sentencia, que era el haber desertado, y procurado sublevar á los Tlaxcaltecas contra los españoles. Es probable que Cortés no se aventuraria á tan peligrosa accion, sin haber ántes obtenido el consentimiento del senado, como asegura claramente Herrera; lo que no era dificil, en vista de la severidad con que castigaban los delitos aun en las personas mas ilustres, y del odio particular con que miraban á aquel príncipe, cuyo orgullo les era insufrible. Tan ruidoso escarmiento, que hubiera debido naturalmente escitar los ánimos de los Tlaxcaltecas contra los españoles, los amedrentó en tales términos, y á los otros aliados, que desde entónces observaron mas puntualmente las leyes de la milicia, y se mantuvieron mas subordinados á aquellos gefes estranjeros. Así es como estos sacaban fruto de sus mismos errores. Sin embargo, los Tlaxcaltecas hicieron muchas demostraciones de la estima y veneracion que tenian á su príncipe: lloraron su muerte, distribuyeron entre sí, como preciosas reliquias, sus vestidos, y es de creer que celebrasen con la debida magnificencia sus exequias. La familia y los bienes de Xicotencatl se adjudicaron al rey de España, y fueron enviados á Texcoco: en la familia habia treinta mugeres, y en los bienes una gran cantidad de oro.

PRINCIPIO DEL ASEDIO DE MEXICO.

Alvarado y Olid continuaron su marcha hácia Tlacopan, de donde pasaron á romper el acueducto de Chapoltepec, para cortar el agua á los Mexicanos; mas no pudieron ejecutar tan importante empresa, sin gran resistencia de los enemigos, los cuales previendo aquel golpe, habian hecho por agua y por tierra, muchos preparativos de defensa. Fueron sin embargo vencidos, y los Tlaxcaltecas, que los persiguieron, les

(1) Cortés no hace mencion del suplicio de Xicotencatl: quizá tendria sus razones para pasarlo por alto. Bernal Diaz afirma que aquel gefe marchó á Tlaxcala, para apoderarse del estado de Chichimecatl, miéntras este se hallaba en la guerra; mas esto es inverosímil. Hay autores que atribuyen su fuga al amor: yo sigo en la relacion de este suceso á Torquemada y á Herrera, porque se guiaron por los MS de Ojeda y Camargo, que tenian datos seguros. Solis crée imposible que Xicotencatl fuese ajusticiado en Texcoco, "porque hubiera sido demasiado arriesgado el resolverse Cortés á tan violenta ejecucion, á vista de tan gran número de Tlaxcaltecas, á quienes debia necesariamente ser muy sensible tan ignominioso castigo en uno de los principales hombres de su nacion." Pero mucho mas se espuso Cortés aprisionando al rey Moteuczoma en su misma capital, y en presencia de un número incomparablemente mayor de Mexicanos, que tan mal debian llevar aquella injuria hecha á su monarca. Si en la conquista de México no se vieran otros hechos igualmente temerarios, quizá seria fundada la conjetura de Solis: ademas de que, segun Herrera, Cortés procedió con el beneplácito del senado, y yo no dudo que la sentencia se publicaria á nombre de este.